

va sobre sus hombros los destinos y las esperanzas de un pueblo, y tienen que humillarse ante ella los que antes la desdaban. No es la primera vez que nacen en un pesebre, y se alimentan de persecuciones, y crecen con la sangre de sus mártires, las grandes ideas regeneradoras de la humanidad. Por un oculto designio de la Providencia, que no nos explicamos, pero que siempre advertimos, las redenciones sociales y políticas de cada pueblo, se parecen á la redencion universal del mundo: llegan con trabajo desde el Gólgatha al Capitolio, y se albergan en la barca de un pescador, mucho antes de alojarse en el Vaticano.

Hemos visto á la revolucion, despreciada y aborrecida, puesta en ridículo y ensangrentada en el cadalso, derrotar á sus enemigos en todas partes y de todas maneras: á los ejércitos en los campos de batalla, á los calumniadores en la opinion pública, á los verdugos en el suplicio donde pensaban acabar con ella. Bello episodio, al par que sangriento, de la lucha tenaz que sostiene el derecho contra la fuerza en todo el globo, la revolucion de 1854 no es tan grande por haber derrotado á la tiranía, cuanto por haber alcanzado una espléndida victoria contra los gérmenes de corrupcion y de muerte que la demagogia había infiltrado en su seno. No sabemos los bienes que hará á la nacion que le sostuvo en medio de tantos dolores y á costa de tan crebles sacrificios, porque todavía está oscuro y tenebroso el porvenir; pero bienes positivos son haber dado á conocer á México, que el orden sin la libertad es un fantasma, que la libertad sin el orden es una quimera, y sobre todo, que entre los hijos de este país hay hombres que valen tanto para su patria como los mas famosos personajes de Grecia y Roma. Si ahora se exagera el principio de la libertad, como exageró la dictadura el principio del orden, y si por esta causa la República se pierde, no será culpa de la revolucion ni de los hombres que la consumaron. Estos hombres pueden decir á los mexicanos: „vuestra libertad ha costado muy cara; no por vuestras pasiones volvais á caer en la servidumbre.” (8)

(8) Empti estis pretio magno . . . Nolite fieri servi hominum
SAN PABLO.

CAPITULO DECIMO.

MOVIMIENTOS REACCIONARIOS.

Gérmenes de descontento — Exageraciones de la prensa. — Medidas de Vidaurri. — Temores del clero y del ejército. — Tumultos en Oajaca y en Puebla. — Grito de religion y fueros en Zacapoxtla. — Desecciones de algunos gefes militares. — Uraga en la sierra Gerda. — Angustias de la situacion. — Don Antonio Haro. — Sus conspiraciones. — Su entrevista con el presidente. — Su destierro y su fuga. — Pónose á la cabeza de la reaccion. — Fuerza material y moral de los rebeldes. — Entran en Puebla. — Preparativos del gobierno. — Armase la guardia nacional. — Gefes y oficiales del depósito. — Notable medida de Comonfort. — Mal juicio que se formó de ella. — Vánse á la faccion los gefes y oficiales del depósito. — Derrota de Uraga y pacificacion de la Sierra. — Su prision, y disolucion de su guerrilla. — Inaccion de los pronunciados. — Motin de San Juan de Ulúa. — Graves daños de la situacion. — Resuélvose Comonfort á llevar la guerra á Puebla, y marchar él mismo á la cabeza de las tropas.

NUESTRA historia debía terminar en el capítulo anterior, porque en él concluye la revolucion de Ayutla. Sin embargo, el día en que nuestra relacion acaba, no fué el día de la paz para México: todavía era preciso inmolar nuevas victimas en los altares de la guerra, antes que se aplacárase la deidad terrible: la cándida figura de la paz no había de presentarse á los mexicanos sino en otro teatro de sangre y desolaciones. La revolucion agregó á sus páginas otra página de luto y gloria, y es preciso darla un lugar en este libro.

Anaciguáronse los ánimos de la multitud cuando el general Comonfort subió á la presidencia, pero no se estirparon del todo los gérmenes de revolucion que habían nacido en tiempo de Alvarez. Una ley sobre administracion de justicia, en la que se había abolido el fuero eclesiástico, y con-

trá la cual habían protestado algunos obispos, mantenía vivas las inquietudes, por el temor de que fuera el gobierno demasiado adelante en materia de reformas eclesiásticas. Algunos gefes del ejército, disgustados con los violentos desahogos de algunos amigos de la revolución, resentidos de las injurias que se prodigaban á toda la clase militar, y acaso temerosos de que se hicieran revolucionariamente las reformas anunciadas para el ejército, pensaron desde luego en una reaccion, é hicieron causa comun con los descontentos en materias religiosas.

Aunque la reaccion no tuvo disculpa, esplicanse muy bien, con las circunstancias de la época los primeros movimientos reaccionarios. Una parte de la prensa periódica se habia desencadenado contra el clero y contra el ejército, y vomitaba diariamente los vituperios mas atroces contra los individuos de ambas clases. Decíase de los primeros, que habian fomentado y sostenido la tiranía dictatorial, y reproducíanse con vehemente acritud todas las especies que son comunes en tiempos de revolución, sobre su espíritu de intolerancia y de retroceso. Acusábase á los segundos de los incendios y devastaciones que habia ordenado la dictadura, y se repetía sin cesar, que habian sido los verdugos del pueblo. La conducta de Don Santiago Vidaurri, que pasaba entonces por la personificación mas nota de la idea democrática, estaba enteramente de acuerdo con aquellos arranques de la prensa periódica. En sus conversaciones, en sus escritos y en sus comunicaciones oficiales, no perdía ocasion de zaherir á la clase militar; y hasta llegó á espedir un decreto suprimiendo el ejército de la República, cuyos individuos eran calificados de inmorales, cobardes, genizaros, viles instrumentos de la tiranía y verdugos de la nacion. Pasaba entonces México por una de esas formidables crisis, en que campean todas las exageraciones; y era natural que temieran mucho, y se apercibieran á la resistencia, las clases que parecían amenazadas por el pico revolucionario.

El gobierno logró sofocar algunos tumultos que ocurrieron en Oajaca y en Puebla con motivo de la abolición de fueros; mas no pudo impedir que se juntáran en Zacapoaxtla algunos jefes y oficiales con buen número de soldados, y que unidos á los vecinos de aquel pueblo y de sus inmediaciones, levantarán, al grito de *religion y fueros*, una bandera rebelde.

El plan de Zacapoaxtla se redujo á desconocer al gobierno de Comonfort, y á proclamar las *Bases orgánicas* de 1843. La acta de pronunciamiento fué levantada el 19 de Diciembre, y firmada en primer lugar por el general Don

Francisco Gutiérrez y por los coroneles Don Luis G. Osollo y Don Juan Olloqui, que habian sido enviados por el gobierno al Estado de Puebla con dos cuerpos de caballería para que defendieran allí el órden público.

Contra los pronunciados de Zacapoaxtla fué enviado primeramente Don Ignacio de la Llave con una brigada numerosa, y toda ella se adhirió al pronunciamiento dejando casi solo al jefe que la mandaba. El gobierno envió despues mil quinientos hombres á las órdenes del general Castillo; y tambien se unieron á los rebeldes con su jefe á la cabeza, llevando á las filas rebeldes los considerables fondos que el gobierno les habia dado para la campaña, varias piezas de artillería y gran provision de municiones. Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, se pronunciaban en diferentes puntos de la República otros jefes que tomaban el camino de Zacapoaxtla, é iban á engrosar las filas de la nueva revolucion.

Aunque no de acuerdo con ella, pero sí alzado contra el gobierno, andaba por la Sierra Gorda el general Don José López Uruga, que habia reunido mas de dos mil hombres en aquel territorio, y amenazaba sublevar los Estados de Querátaro y de San Luis, por haber arrastrado en su rebelion á vários personajes influyentes de aquellas comarcas.

El horizonte político se encapotaba de nuevo de una manera alarmante; la posicion del gobierno iba haciéndose en extremo difícil y angustiosa; los jefes en quienes ponía su confianza, le vendían; diariamente era burlada su buena fé con nuevas defecciones; engrosábanse las fuerzas de sus enemigos, y él no sabia si podia confiar en un puñado de hombres del ejército que le quedaban.

Atizaba la revolucion desde la misma capital Don Antonio de Haro, no obstante que desde su regreso de San Luis vivia al parecer retirado de la política. El presidente le habia tratado con las mayores consideraciones, le habia pedido consejo sobre asuntos graves del Estado, y le habia prodigado las pruebas mas patentes de estimacion y de afecto. Hasta le habia ofrecido una legacion en Europa, y Haro se habia escusado de aceptarla, pretestando su deseo de vivir separado de los negocios públicos.

A pesar de esto, Haro conspiraba contra el gobierno de Comonfort con toda la energía de una ambicion, no satisfecha, y burlada en sus mas intensas aspiraciones. El gobierno no lo sabia; pero disimuló por algun tiempo, fiado en que no tendrian ninguna mala consecuencia aquellas tentativas, ó acaso por evitar que el conspirador se convirtiera abiertamente en un rebelde, en cuyo caso era doloroso para Comonfort tomar duras providencias contra un hombre que era su ami-

go desde la infancia, que habia sufrido persecuciones por la libertad, y que habia hecho algo para derrocar la tiranía.

Llegaron, sin embargo, á ser tan públicos aquellos manejos, que ya el gobierno no pudo abstenerse de hacer algo para reprimirlos. Todo el mundo sabia, y decíase públicamente, que Don Antonio Haro mantenía inteligencias con los caudillos rebeldes y que desde su casa de México estaba dirigiendo la revolucion que debia llevarle á la presidencia. Entonces el general Comonfort llamó á su amigo; le dijo que tenia pruebas inconcusas de que estaba conspirando, y le suplicó en nombre de su amistad y de la patria, que se abstuviera de fomentar unos disturbios cuyo resultado no podia ser otro que atraer sobre la nacion nuevas calamidades. Haro afectó en aquella entrevista un aire de ligereza que sentaba mal con la gravedad del asunto que se trataba; y respondió al presidente que no era verdad aquello, que le habian engañado, y que no hiciera caso de habillitas; insistió el presidente en que tenia datos demasiado positivos de que era cierto el delito que le hacaban; le rogó de nuevo que no le obligara á sacrificar su amistad antigua y sus buenas relaciones, á los formales deberes que le imponia su carácter de jefe del Estado; repitió Haro su anterior negativa con aire de indiferencia y aun de chanza; y despidiéndose de su amigo, se fué desde allí á conspirar contra él con mas ahínco y mas osadía que nunca.

Pasaron aún algunos dias: el público siguió ablando, y el gobierno siguió recibiendo nuevas pruebas de la rebelde conducta de Haro. No podia ya la autoridad, sin mengua de su decoro, consentir aquello, ni las consideraciones de amistad podian sobreponerse en el gobernante á su estrecha obligacion de conservar la tranquilidad pública. Dióse una orden de prision contra Don Antonio Haro, y se le metió en una diligencia extraordinaria, para que le llevara rápidamente á Veracruz, donde debia embarcarse para el extranjero.

Haro burló la vijilancia de los que le custodiaban, y á pocas leguas de Orizaba se escapó favorecido por las tinieblas de la noche. (1) Pocos dias despues se reunió con los

(1) Iban presos con Don Antonio Haro para salir fuera de la República, los generales Don Francisco Pacheco y Don Agustín Zires, acusados igualmente de complicidad en las conspiraciones que en la capital se fraguaban. A las doce de la noche del 5 al 6 de Enero, llegaron á un punto llamado *Sul-si-puedes*, entre Córdoba y Veracruz, donde se mudaron los caballos de la diligencia. Mientras se hacia esta operacion, el general Zires y Don Antonio Haro se apearon á satisfacer alguna necesidad acompañándolos un capitán y dos soldados con sus armas. A los po-

pronunciados de Zacapoaxtla, donde fué reconocido por jefe del movimiento.

En pocos dias se habia organizado una revolucion formidable. Los sublevados de Zacapoaxtla eran mas de cuatro mil hombres de los mejores del ejército, y estaban con ellos los jefes mas distinguidos. Favorecian el movimiento clases muy poderosas, que se creian amenazadas en sus intereses por la política dominante; una propaganda sorda y segura se ejercia por todas partes sobre los pueblos, invitándolos á impeler que prevaleciera el desenfreno demagógico. En fin, todos los individuos á quienes habia perjudicado la caída de la dictadura, apoyaban con ardientes votos á los pronunciados; y todos los intereses destruidos por el triunfo en la revolucion liberal, habian caido con su enorme peso de la balanza de la nueva rebelion. La bandera de Haro era ya en realidad una bandera reaccionaria, tanto mas peligrosa cuanto que en ella estaba escrita la palabra libertad al lado de la palabra orden: parecia un movimiento operado para poner coto á las exageraciones democráticas; y como se tenia por imposible que hubiera quien intentara una reaccion hácia las cosas que habian caido con Santa-Anna y su gobierno, no faltaron liberales que de buena fé se manifestáran adictos ó tomaran parte en la empresa.

Los de Zacapoaxtla se movieron de aquel punto á principios de Enero, y marcharon sobre Puebla. Las autoridades de aquella ciudad hicieron algunos preparativos de defensa, que no bastaron para rechazar á tantos enemigos y los pro-

cos momentos volvieron al carruaje Zires y uno de los soldados, quedándose fuera el otro con Haro y el capitán. Entonces se entabló entre estos dos últimos, sin que pudieran advertirlo los que estaban adentro, la ordinaria disputa de cumplidos, pretendiendo cada cual que el otro subiera primero. Tanto insistió Haro en su cortesanía, que el capitán cedió al fin, y subió delante; pero no bien estuvo dentro del carruaje, cuando el cochero blandió el látigo, y los caballos partieron á escape, sin parar en largo trecho. El jefe que conducia los presos, cuando advirtió lo que habia sucedido, consiguió á duras penas que se detuviera el coche, y mandó al capitán con algunos soldados, que fueran á buscar á Haro; pero la noche era muy oscura, el sitio des poblado, se hallaban en medio de un inmenso bosque de helechos, una espesa neblina aumentaba las tinieblas, los caballos habian corrido mucho; y en fin, Don Antonio Haro no se habia quedado allí sin una intencion bien deliberada: el resultado fué que no pareció el fugitivo. Aparte de las sérias consecuencias que aquel hecho tuvo, no dejó de ser celebrado por sus circunstancias, añadiendo nueva gracia al extraño lance, la rara analogía que tenia con él, el nombre del sitio en que se verificó.

nunciados entraron en Puebla el 23 de Enero, á consecuencia de una capitulacion celebrada el dia anterior, y en virtud de la cual los defensores salieron de la plaza con todos los honores de la guerra, despues de obtener toda clase de garantías para los que allí habian defendido al gobierno.

Si antes de ocupar á Puebla ó inmediatamente despues, se hubieran dirigido los pronunciados á la capital de la República, habrian entrado en ella sin costarles ningún trabajo, porque el gobierno no solamente estaba desprevenido, sino que carecia de todo medio de defensa, y no podia confiar en el escaso número de hombres que tenia que oponer á los rebeldes.

Una prodijiosa actividad desplegó el gobierno para conjurar el peligro: levantó en la capital buenas fortificaciones, armó y organizó vários cuerpos de milicia nacional, escitó fuertemente el espíritu público en favor del orden de cosas existente; y se dió en fin tan buena maña para hacer frente á la rebelion, que en un mes puso á la ciudad en estado de resistir cualquiera ataque que se intentara contra ella, y tuvo listos para esperar á los disidentes, ó para salir á batirlos al campo, mas de diez y seis mil hombres de todas armas.

Una de las medidas que entonces dió el presidente sustituto, reveló á la República que tenia al frente de sus destinos, un hombre bien diferente, por su carácter y por su génio, de cuantos le habian precedido en el mando. La disolucion de vários cuerpos del ejército, que se verificó á consecuencia del triunfo de la revolucion en el mes de Agosto, habia dejado sin destino á muchos gefes y oficiales, que por aquella causa habian quedado en depósito. Pasaban de ochocientos los que se hallaban en este caso, en los momentos mismos en que se pronunciaban y se iban á aumentar las filas rebeldes, los que se encontraban de servicio en diferentes puntos fuera de la capital. Comonfort sabia que aquellos hombres no eran adictos á su gobierno, y que habian de convertirse en sus enemigos declarados, en cuanto tuvieran ocasion de pasarse con los disidentes, siguiendo el ejemplo y las huellas de todos los demás de su clase.

Un hombre vulgar, colocado á la cabeza del gobierno en tales circunstancias, habria procurado únicamente cerrar á los gefes y oficiales del depósito todas las salidas, impossibilitarlos de tomar parte en la rebelion, y rodearlos de dificultades para que no fueran á unirse á la bandera de sus antiguos compañeros. Comonfort hizo precisamente todo lo contrario: no queriendo tener cerca de sí enemigos encubiertos, no gustando de reservas ni disimulos, y resuelto á acia-

rar la posicion relativa del gobierno y de los pronunciados, abridles la puerta, les allanó los obstáculos, y los puso en camino para que se fueran adonde los llamaran sus inclinaciones. Dispuso que todos los gefes y oficiales del depósito salieran de la capital, y fijaran su residencia en cuatro puntos distintos; hizo que se les diera una tercera parte de paga mensual en proporcion de sus empleos, y los dejó que marcharan libremente á los puntos señalados.

Aquella disposicion fué muy mal juzgada por los amigos y por los enemigos del presidente. Unos y otros la consideraron desde los mezquinos puntos de vista que proporcionan las reglas comunes, y se equivocaron. Decian los primeros, que era una solemne imprudencia dejar libres á tantos enemigos disimulados, para que fueran de seguro á engrosar las filas rebeldes, y que además de imprudencia era incomprendible caudor proporcionarles los medios de hacer el viaje, con la parte de sueldo que se les daba. Decian los segundos, que era una crueldad enviar aquellos hombres á que pereciesen de hambre y de miseria en los pueblos que se les habia designado para residir, y que era una burla darles una cantidad tan pequeña, que no podia servirles lejos de sus familias y de sus deudos, sino para prolongar las angustias de su posicion desesperada.

Amigos y enemigos se equivocaban hablando así, porque discurrían sobre la base de ideas vulgares, y la medida salia de esta esfera; era un rago algo extraordinario. Bien sabia el presidente que aquellos hombres iban á tomar las armas contra él; pero como convenia mas á su carácter decidido y franco tenerlos por enemigos en el campo de batalla, que en la disimulada prision de un cuartel ó de un depósito, les abrió la puerta para que tomaran partido, cumpliendo sin embargo con el deber de darles algo mientras no fueran rebeldes, supuesto que de él dependian. De este modo se separaron los fieles de los que no lo eran; el gobierno pudo contar el número de los enemigos con quienes tenia que combatir, y la situacion se despejó de modo que pudo ser bien comprendida, para ser mas tarde bien dominada.

En cuanto á los que censuraron la providencia como inhumana y cruel, no reflexionaron sin duda, que si era poco para los gefes y oficiales del depósito, la tercera parte de una mensualidad que Comonfort mandó darles, fúe sin embargo sobrado generoso con ellos, supuesta la certidumbre que tenia de que iban á hacerle la guerra. Harto hizo seguramente en proporcionarles una parte de los gastos del viaje que iban á emprender en su daño; y los mismos interesados en

tuvieron motivo de queja, si pensaron en que aquel socorro venia de las manos de su enemigo.

Todos los gefes y oficiales comprendidos en aquella medida, salvas muy pocas escepciones, se fueron efectivamente á Puebla, y allí se formó con ellos un cuerpo de tropa, que se llamó la *Legión Sagrada*.

La noticia de la toma de Puebla por los pronunciados, tuvo una buena compensacion con la que se recibió pocas dias despues, sobre la pacificacion de la Sierra. El General Ghilardi, enviado en persecucion de Uruga, habia terminado en quince dias una de las campañas mas felices que se conocen en las guerras civiles de México, no solo destruyendo las numerosas partidas de gente armada que se habian rebelado en todos aquellos pueblos, sino haciendo que se convirtieran en los mas decididos defensores del gobierno sus principales caudillos.

A mediados de Enero salió Ghilardi de Querétaro con la brigada de su nombre, y emprendió su marcha por aquellas escabrosidades, tomando las precauciones convenientes para sorprender á los facciosos en su mismo cuártel general. Dividida su brigada en dos secciones, y marchando con el mayor sigilo, llegó el 23 á las inmediaciones de San Pedro Toliman, villa situada en el corazon de la sierra, donde entró el dia siguiente, despues de algunos encuentros con los facciosos, que varias veces quisieron atajarle el paso, colocándose al efecto en las ventajosas posiciones que les ofrecia la fragosidad del terreno.

El general Ghilardi continuó practicando en San Pedro Toliman las diligencias pacíficas que ya habia empezado desde Querétaro, para atraer al orden á los pronunciados de la Sierra Gorda. Nada consiguió con Uruga, obstinado al parecer en una empresa que daba esperanzas á su ambicion; mas por fortuna eran hombres ilustrados los otros gefes del movimiento, y ellos escucharon los consejos pacíficos y los ruegos humanitarios de Ghilardi, tanto mas persuasivos cuanto que salian de los labios de un hombre, que era terrible en la guerra. Don Antonio Montes Velazquez, Don Tomás Mejía, Don Francisco Padilla y otros caudillos, conocieron pronto su error; y como ejercian poderoso influjo en toda aquella comarca, no les fué difícil hacer que soltaran las armas fraticidas los hombres alucinados que seguian la bandera rebelde; de tal manera que el 31 de Enero habia terminado ya la sublevacion de la Sierra Gorda, el territorio estaba en paz; y los mas influyentes caudillos de la insurreccion, Mejía, Montes, y Padilla, daban un manifiesto confesando el error que los habia estraviado, y escribian

al presidente seis dias despues, pidiéndole que los ocupara en la campaña de Puebla, donde le probarian la decision y lealtad con que estaban dispuestos á servirle.

Mucho honor hace al general Ghilardi la pacificacion de la Sierra. En aquellos sencillos habitantes hicieron grata impresion los hermosos conceptos de su proclama, que los invitaban á la paz, á la union y á la fraternidad. Hombres tambien de guerra y avezados á los peligros, los serranos debieron concebir estimacion y respeto por aquel militar que tan gallardo era para blandir la espada en los combates, como dulce y espresivo para decir pensamientos cristianos. Débese añadir que favoreció mucho la empresa de Ghilardi, y contribuyó eficazmente á la pacificacion de la Sierra, la circunstancia de que el coronel Montes Velazquez era tio de Don Ezequiel Montes, entonces ministro de justicia. El ministro Montes escribió á su tio, manifestándole el verdadero estado de la opinion y de las cosas, y aquellas relaciones acabaron de allanar todas las dificultades.

Uruga se quedó con unos doscientos hombres, sin recursos para continuar en su empresa, sin voluntad para adherirse á los pronunciados de Zacapoaxtla, y espuesto á ser aprehendido por las tropas del gobierno, si llegaba á intentarlo. Primeramente salió de la Sierra con rumbo á Tampico; dudó despues si tomara el camino de Puebla, pero no se resolvió á ello, por no hacer allí un papel secundario: por fin, al cabo de algunos dias de andar errante tuvo que rendirse á discrecion el 18 de Febrero con toda su jente en San Bartolo, pueblo del distrito de Tulancingo. Don Sabás Turbide, coronel de guardia nacional y prefecto de aquel distrito, tuvo la gloria de aquella jornada, en la cual sin derramarse una gota de sangre, se acabó una faccion que podia hacer daño, quedando á disposicion del gobierno cien infantes, cincuenta caballos, cincuenta y un oficiales y otras personas que acompañaban á Uruga. Este manifiesto entonces que desde el dia 6 en Tlanchinol, se habia puesto con su gente á las órdenes del gobierno, por no querer llevar adelante una campaña inútil, ni unirse á la faccion retrógrada. Fué conducido preso al departamento de Guerrero.

Todos los acontecimientos que se acaban de relatar, pasaron en los meses de Enero y Febrero de 1856; y durante aquel tiempo, se esperaba por instantes en la capital, que se movieran sobre ella los pronunciados de Puebla. Pasábanse sin embargo los dias sin que indicaran siquiera semejante intencion; y se llegó á saber de positivo, que era su ánimo aguardar allí las tropas del gobierno, para lo cual habian levantado algunas fortificaciones en la plaza.

La inacción de los de Puebla era incomprensible. Decíanse que esperaban á que su movimiento fuese secundado en otras poblaciones de la República, pero ninguna de importancia llegó á verificarlo, ni ellos supieron aprovecharse de un acontecimiento que pudiera haberles dado gran fuerza, si hubieran tenido actividad para favorecerle. El 13 de Febrero amaneció pronunciado el castillo de San Juan de Ulúa; unos cien hombres capitaneados por Salcedo, habían proclamado en la noche anterior el plan de Zacapoaxtla, amarrando y poniendo presos al comandante del castillo y á otros jefes que se negaron á tomar parte en el movimiento. El castillo disparó algunos cañonazos el día 13 sobre Veracruz; la ciudad fué declarada en estado de sitio y muchos de sus habitantes se salieron de ella, porque se dijo que los pronunciados iban á bombardearla. El gobernador y comandante general, Don Ignacio de la Llave, desplegó grande actividad, pero los pronunciados de Ulúa se mantuvieron firmes hasta el día 21, en cuya fecha un sargento hizo la contrarrevolucion en la misma fortaleza. Salcedo y los demás cómplices del motin fueron presos y entregados á la justicia.

Todo el mundo conoció que los revolucionarios de Puebla no tenían las cualidades necesarias para llevar á buen término la empresa que habían acometido, cuando no les ocurrió apoyar un movimiento que tanto podía importarles.

Entre tanto hallábase cortadas las comunicaciones con Puebla; no estaban espedidas con Veracruz; habían cesado los viajes de las diligencias en una línea tan importante; dificultábase el paso de los correos; y hacíase cada vez mas dura de sobrellevar una situación en la cual perecían por falta de libertad, de movimiento y de seguridad, todos los ramos del comercio y de la industria.

Para poner un término á tamaños males, Comonfort resolvió á fines de Febrero llevar la guerra á Puebla, marchando él mismo á la cabeza de las tropas. Había llenado dignamente hasta allí su hermosa misión; había defendido la causa popular en todos los terrenos; el 18 de Febrero había abierto en persona las sesiones del congreso constituyente; había logrado reunir en un solo punto á todos los enemigos; nada le quedaba por hacer sino dar la paz á la República, y para ello era preciso destrozarse la bandera contrarrevolucionaria. Quiso acometer personalmente aquella empresa, y su resolución fué tan feliz para su patria cuanto gloriosa para él, como se verá por los acontecimientos que se van á referir, y que son el mejor complemento de esta historia, así como fueron corona digna del ciudadano que mas noblemente figura en ella.

CAPITULO UNDECIMO.

PAZ DE LA REPUBLICA.

Crítica posición del gobierno.—Estado de la opinión.—Conflictos de Comonfort.—Rasgos de su carácter.—Marcha contra los pronunciados.—Campaña de Puebla.—El ejército de San Martín Tescmelucan.—Fuerzas que le componían.—Batalla de Ocotlán.—Entrevista de Comonfort y de Haró.—Marcha el ejército sobre Puebla.—Ataque al cerro de San Juan.—Comonfort en el Carmen.—Sitio de Puebla.—Consternación en la ciudad.—Medidas de Comonfort.—Diligencias para capitular.—Propuestas de los sitiados.—No son admitidas.—Capitulación.—Entran en la ciudad las tropas del gobierno.—Castigo de los rebeldes.—Comonfort en Puebla.—Estado de la ciudad.—Conducta del presidente.—Su regreso á la capital de la República.—Fiesta de la paz.—CONCLUSION.

CRÍTICA por demás era la posición del gobierno en los últimos días de Febrero de 1856. Tenía en frente de sí una revolución que en dos meses había tomado proporciones gigantescas; que estaba representada por mas de cuatro mil hombres, de los mejores del antiguo ejército; que se había ya enseñoreado de la segunda ciudad de la República; que estaba sostenida por clases poderosas; que lisonjeaba grandes intereses, y era el fundamento de vehementes ambiciones; y que sin asustar decididamente á los amigos de la libertad, había logrado reunir debajo de sus banderas, las voluntades de los que por inclinación, por interés ó por opiniones, eran mas amigos de lo que había caído con Santa-Anna, que de lo que había triunfado con la revolución de Ayutla.

Además de contar con tan poderosos elementos, la revolución que Haró acaudillaba, había llegado á crear ya una de esas situaciones en que el espíritu público de una nación,